

MEMORIAS CERVANTINAS DE UN PROFESOR CERVANTÓFILO (SEGUNDA PARTE: 1960-2005)

XESÚS ALONSO MONTERO

Real Academia Galega

Resumen: El autor hace memoria de sus lecturas, actividades y trabajos cervantinos a lo largo de cuarenta años de carrera intelectual y académica.

Resumo: O autor fai memoria das súas lecturas, actividades e traballos cervantinos ao longo de corenta anos de carreira intelectual e académica.

Abstract: The author reminds his cervantine works and readings through forty years of academical career.

Palabras llave: Cervantes. Memoria. Cervantismo.

Palabras chave: Cervantes. Memoria. Cervantismo.

Key words: Cervantes. Memoirs. Cervantism.

CERVANTES EN LUGO DE 1960 A 1976¹

Nota preliminar

En octubre de este año tomé posesión de mi cátedra de Lengua y Literatura Españolas en el Instituto Masculino y también, de las mismas disciplinas, en la Escuela de Magisterio. Cervantes estuvo muy presente en mis actividades de ambos centros, especialmente en las del Instituto masculino (hoy “Lucus Augusti”). Fue aquí donde los alumnos de sexto curso representaron *El retablo de las maravillas*, que dirigió, en 1961 con mi ayuda, el alumno Eduardo Sampayo, años después profesor del centro en la asignatura de Ciencias Naturales. En su época de profesor animó la actividad teatral del Instituto.²

En mis primeros años lucenses dedicaba un mes, aproximadamente, a Cervantes en Literatura de sexto curso, dedicación, —lo reconozco— que iba en detrimento de los restantes autores.³

¹La primera parte de este trabajo se publicó en *Hesperia*, X (2007), pp. 33-67.

²Excelente persona y profesional, falleció en Lugo, su ciudad natal, hace varios años.

³El programa exigía sesenta: cincuenta hispanos (Rosalía y Verdaguer, entre ellos) y diez extranjeros.

Yo, en esos años, seguía en Palencia, es decir, en el universo cervantino que había descubierto en el curso 1959-1960. En Lugo, tanto en la cátedra como en otras tribunas, volví, una y otra vez, sobre las cuestiones iniciadas ante los alumnos palentinos. Algunas de esas cuestiones fueron para mí casi una obsesión dentro y fuera del aula.

Cervantismo y política en un christmas⁴ de 1962

Los títulos de mis colaboraciones cervantinas en la prensa diaria, respecto de mis preocupaciones, son elocuentes: “*El Quijote* y el problema de España” (1961), “Cervantes contra la literatura de evasión” (1962), “Cervantes, ¿enemigo de don Quijote?” (1962) y “Embestida a Palomeque” (1963); de la misma índole es el artículo “Quijotismo, sanchismo y palomequismo”, leído en el periódico oral *Amadís* (Lugo, 29-2-1961).

Que don Quijote ocupaba no pocas horas de mi vida en aquellas fechas, lo prueba el hecho de que redacté un largo texto sobre él para incluir en la felicitación navideña que envié, en 1962, a amigos, colegas y a otras personas, muchas antifranqueistas. Era frecuente, en la Galicia de entonces, que los antifranquistas felicitasen esas fiestas con textos (propios o ajenos) difíciles de digerir por la Censura. Era, para nosotros, una vía de escape y una forma de “protestar”, si bien en el exiguo ámbito propio de la literatura de destino privado. Sobre la cuestión me extendo en un trabajo titulado “O nadal nas Letras galegas (1940-1979)”.⁵ Se titulaba el texto “Alonso Quijano, desertor”, y es una especie de cuento no ajeno a mis incipientes preocupaciones marxistas. Lo reproduzco.

Alonso Quijano, desertor

Alonso Quijano de niño tuvo muy poca alegría. Corría, sí, con los otros niños pero su corazón no se alborozaba; jugaba, sí, con los compañeros pero sus ojos no se reían. Nació en un pueblo castellano sórdido, inculto, abúlico; en un pueblo casi muerto. Por eso Cervantes olvidó su nombre.

⁴El Diccionario de la RAE admite este anglicismo con tal de que se escriba en cursiva. En gallego, algunos utilizamos una voz vernácula: nadal.

⁵*Madrygal*, 10 (2007), pp. 11.33.

Los niños a los ocho años, a los nueve, dejaban de jugar para siempre. Desde entonces sus vidas eran existencias tristes, muy tristes, con una tristeza sin sentido, sin saber por qué; existencias tristes que no preguntan, ni gritan, ni se rebelan. Alonso Quijano antes de los ocho años era ya un hombre más triste y doliente que nadie. La tristeza mordió sus entrañas el día en que advirtió que allí todo, absolutamente todo, era triste.

La estampa de la madre que ve regresar a su hijo, hace una hora alegre, con una tristeza inextirpable en la mirada, era diaria. ¿Qué había sucedido? Algo irracional: que se habían quedado tristes y nada más; sin saber por qué. Pero lo de Alonso Quijano fue peor. Cuando tuvo ojos para ver —¿a los siete años?— no vio más que sordidez, injusticia, falta de aliento. El mundo —pensó— está mal hecho. ¿Qué hizo Alonso Quijano después? ¿Estar triste solamente? No, vivir triste y pensar, pensar intensamente, ávidamente. Mientras tanto, todos sus compañeros sólo tenían espaldas para el fardo de la desgracia.

Ved ahora a Alonso Quijano. Aun no ha cumplido los veinte años y algo tremendamente decisivo le ha pasado: sabe, ya sabe, que las cosas están mal porque alguien lo quiere, y sabe también quienes son los responsables. Sabe quien siembra la injusticia, sabe quien vive de la incultura, sabe quien desinfla la existencia, sabe... Y sólo él lo sabe; los demás creen que el mal, la muerte en vida, brota del suelo o llueve de las nubes.

Ese día Alonso Quijano encontró su vocación: la de luchador. Por un momento su alma brinca de alegría, y sus entrañas, tantos años en tinieblas, salen a la luz. Alonso Quijano acaba de encontrar sentido y tarea en su vida; Alonso Quijano a los veinte años, con la fuerza y el empuje de los veinte años, va a convertirse en Don Quijote.

Helo ya con un pie en el estribo dispuesto a seguir la voz de su vocación, la llamada —única— de su destino; helo ya decidido a luchar contra los sembradores de la tristeza. Ved sus primeros pasos, vedlo dirigirse al enemigo, vedlo ya frente a él. Se detiene para tomar aliento porque hace falta mucho para embestir contra un enemigo tan poderoso. ¿Todopoderoso tal vez? Esto cree en aquel mismo instante Alonso Quijano.

Ved ahora como se retira a pesar de su fe, del vigor de sus veinte años. Pero no os decepcionéis, que ya vuelve a la lucha. ¿Acomete por fin? En este ir y venir, en este no decidirse a entrar, pasó Alonso Quijano treinta largos años. ¿Para qué luchar inútilmente, para qué, para qué? —se preguntaba un día y otro—. A veces una brisa de esperanza le acercaba a la lucha, de la que desertaba al instante. Y desertando se pasó treinta años, treinta largos años. A los cincuenta Alonso Quijano estaba desesperado. Había en su cara un aire tal de tristeza por los demás que el pueblo insensible a todo salvo a la hermandad, lo apellidó “el Bueno”. Sabíalo Alonso Quijano y por eso sus deserciones lo quemaban en lo más vivo.

Pasan los años, muchos, treinta, y Alonso Quijano, el Bueno, nada hace por aquellas gentes sórdidas, aplastadas, casi muertas. Mil veces intenta la

lucha y mil veces el enemigo lo amilana. Es algo estremecedor: treinta años sin cumplir con su deber. Lo cual muchas veces ha llevado al suicidio, y otras, a la locura. Este fue el caso de Alonso Quijano.

La historia es conocida y la cuenta Cervantes en un libro. Cuenta que enloqueció pero no cuenta que sucedió una noche, una noche terrible. Soñó. En las ventanas del sueño aquellas gentes sordidas, aplastadas, cansadas de esperar la mano salvadora, gritaban: “¿Por qué nos abandonaste?”

Mi relato suscitó una respuesta privada muy interesante de Álvaro Paradela (1911-1979), médico y escritor que solía utilizar el seudónimo de “Amaro Orzán”.

Resposta a Xesús Alonso Montero
 polo seu contiño retranqueiro.
 “Alonso Quijano, desertor.”

O río ven a morrer
 donde as fontes de Caín
 no mar do frautista Abel

Laia o lobo

Abel rexurde de novo:
 nunha cruz
 na que cravaron a Xesú

Laia o pobo

Máis homes, menos diviños,
 volven de novo ó camiño:
 ¡Non señor de Sancho Pan,
 tolo do Verde Gabán!

Ríe o pobo

Fillos, inda que solteiros,
 deixaron Abel, Xesú,
 mailo fidalgo manchego.
 Un: Xesus Alonso Montero

Laia o lobo.
 Laia o pobo.
 Rise o pobo.
 Rise o tolo.

Amaro Orzán
 Xaneiro do 1963

Freixeiro de Narón
 Ferrol. Terra.

Mi amable replicante entendió como “retranqueiro” mi breve cuento (“contiño”), aunque yo creo que no lo era.

Presencia y defensa de Sancho Panza en mis clases

Para mí era una cuestión de honor que la figura del escudero fuese entendida a partir de su condición socioeconómica y cultural, lo que suscitaba, necesariamente, respeto, siempre que los lectores no fuesen víctimas de prejuicios muy señoritos. Capítulos había en la gran novela, sobre todo en la Segunda Parte, en los que la quijotización de Sancho y la sanchificación de don Quijote eran evidentes, y lo eran desde que don Miguel de Unamuno lo había establecido en su incitante libro de 1905. Yo, a veces, daba un paso más, guiado por los versos de Gabriel Celaya, poeta considerado a la sazón, en los mentideros literarios, comunista. Era el Sancho que, en Palencia, entusiasmaba a mi colega José Rodríguez Martínez, el

Sancho con santa paciencia,
 Sancho con buenas alforjas
 que en el último momento nos da, y es un sacramento,
 el pan el vino y el queso.

En algún curso puse el acento en los capítulos de la Ínsula Barataria, especialmente en el 53 de la Segunda Parte, y, dentro de él, en aquellas palabras inolvidables de Sancho Panza que, en un arrebatado de dignidad, renuncia a su condición de gobernador aunque ello implicase volver al mal comer

y a ser un peón de la historia: “... desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano; quiero decir, que sin blanca entré en este gobierno y sin ella salgo, bien al revés de como suelen salir los gobernadores de otras ínsulas...”

En diciembre de 1971, montamos en el Instituto una “Exposición didáctica de Lingüística Hispánica” en la que, además de libros, se exhibían carteles con textos de interés filológico o literario. En uno de ellos figuraban las palabras de Sancho Panza en castellano, en gallego (traducción de Ánxel Fole), en catalán (Ricard Salvat), en portugués (Pilar Vázquez Cuesta) y euskera (Juan San Martín). El catálogo correspondiente ofrecía el texto en castellano y en vasco⁶. Colaboró en la organización de esta Muestra la profesora Carmen Beltrán, quien, años después (2003), en el Instituto de Foz (Lugo), mostró, en una exposición cervantina, nuestro texto en 18 idiomas (farsi, árabe, latín, bable...)

En el año de la Exposición (1971) nuestro *christmas* familiar ofrecía el texto cervantino en castellano, gallego, catalán y euskera. El texto llegaba a amigos y antifranquistas precedido de estos términos: “... ouséquiavnos coas insólitas verbas de Sancho Panza no intre da dimisión...”.

Quienes, en mis clases, sabían o suponían que yo no era un “afecto al Régimen”, interpretaban mi adhesión entusiasta a la decisión política de Sancho como una crítica a la actitud de los dirigentes franquistas, entre los cuales ni los más ineptos dimitían.

Conservo los dos folios escritos y leídos por Antonio Vilaseca, en Radio Popular de Lugo, el 24 de diciembre de 1971. Son un comentario, no exento de política, a mi “nadal” tetralingüe, comentario en que hay secuencias como estas:

Se trata de la acostumbrada felicitación pascual que la familia Alonso Montero dirige a sus amigos y que, como las de años anteriores, denota una fina sensibilidad

⁶Exposición didáctica de Lingüística Hispánica / Catálogo y guía, Lugo: Impr. Celta, 1971, p. [8]

[...]

Viene a presentar el honrado balance del gobierno de Sancho en la ínsula Barataria —tan contrapuesta a la “Carataria” que padecemos—...

[..]

Desde luego sirve de paradigma a ciertos administradores de la cosa pública, a los que convierten con su conducta en cosa privada (24-12-1971).

Había más política de la que parecía. Tirios y troyanos interpretaban las áureas palabras de Sancho Panza como una actitud única digna de tenerse en cuenta en cualquier tiempo y lugar, especialmente en la España de Franco. Pero el texto se ofrecía en las cuatro lenguas de España (hoy cooficiales) para que tirios y troyanos se percatasen, por vía literaria, de que la sociedad española era plurilingüe (tetralingüe, al menos). Por si fuese poco, los traductores del breve y significativo texto eran escritores muy importantes de esos idiomas que en el *christmas* y el cartel de la Exposición, como quien no quiere la cosa, reivindicaban: Ánxel Fole era una voz fundamental en la narrativa gallega de Posguerra; Juan San Martín era secretario de la Academia de la Lengua Vasca, y Ricard Salvat, el más joven, ya era una autoridad en Europa por su actividad teatral en Cataluña.

Tengo datos para pensar que el curso 1971-1972 fue un año que despertó entre los alumnos del Instituto un interés por Cervantes y el *Quijote* no pequeño. En el 2005, año del IV centenario de la aparición de la Primera Parte de la gran novela, un alumno de ese curso, José García Losada, publicó en *El Progreso* un artículo, “Jacas galicianas” en el que hace referencias a la labor cervantina de las clases del “insigne catedrático de Literatura”. Él recuerda el “generoso” sobresaliente con que calificó su trabajo sobre las raíces gallegas del autor del *Quijote*.⁷

Al sanchismo que se respiraba en el Seminario de Literatura del Instituto no es ajena la conferencia pronunciada en el centro por mi esposa,

⁷*El Progreso*, 21-8-2005. El autor, natural de A Fonsagrada, era, en este año (tal como se consigna al final del artículo), Jefe Superior de Policía de Galicia.

Emilia Pimentel Iglesias,⁸ con el título “Sancho Panza y la crítica del siglo XX”. Con el mismo título fue publicada por el Instituto “Castelao”, de Vigo, como homenaje a la autora, un año después de su fallecimiento. En el prólogo, la vicedirectora del centro, Matilde Felpeto Lagoa, nos dice que en aquella disertación de 1963, la autora “reivindicaba la figura de Sancho ante el denuesto y el menosprecio de que había sido objeto este personaje por parte de un buen número de estudiosos de la obra cervantina”. La prologuista señala también las raíces de la cervantofilia de la reivindicadora de Sancho Panza:

Tal vez esa afición a la lectura, así como su vocación docente, viniese de las lecturas de fragmentos del *Quijote* que en su niñez le hacía por las noches su abuelo materno [Antonio Iglesias]. Ella lo recordaba con nostalgia y orgullo. Su abuelo, oriundo de Asturias, había aprendido a escribir de manera autodidacta sobre pieles de cabra mientras cuidaba del rebaño en el monte, y llegó a ser un gran amante y lector del *Quijote*.

Sancho Panza de nuevo: tres alumnos del Instituto traducen al gallego cinco capítulos del Quijote

Son los capítulos 45, 47, 49, 51 y 53 de la Segunda Parte, es decir, aquellos en que Sancho Panza vive y actúa en la Ínsula, lo que justifica el título *Sancho na insua Barataria*. Publicó este opúsculo Edicións Castrelos (Vigo) en su colección O Moucho, tan popular, el 23 de abril de 1977.

Hace poco, uno de los traductores, Camilo F. Valdeorras, en un artículo de homenaje al editor, Xosé María Álvarez Blázquez, señalaba:

O proxecto abrollara en Lugo, pola primavera de 1976. Á suxestión de don Xesús Alonso Montero, profesor noso no Instituto, os meus colegas Miguel Lustres e Xerardo Roca puxéranse a enfiar a tradución con mentes de publicala nun libro daqueloutra célebre colección “engagé” —de capas bermellas— chamada “Arealonguiña”, da editorial Akal de Madrid, que dirixía o ilustre catedrático. Eu agregueime ao proxecto en outubro, recién chegado a Patio de Madres de Santiago para cursar primeiro de Filoloxía.

E no nadal de 1976, naquela Compostela esperanzada na creba democrática, rematamos a tradución dos 5 capítulos

⁸Madrid, 1931-Vigo, 2004

[...]

Miguel foi quen puxo a idea, a coordinación do grupo e os seus contactos con Celso Álvarez Cáccamo compañeiro de curso na Facultade, fillo de do Xosé María, perante quen mediou, exitosa e xenerosamente. Xerardo fixo de anfitrión e achegou a súa esixencia filolóxica e algún vocabulario de toque enxebre. E eu, pouco máis có entusiasmo do neófito e a redacción do “Adro” que precede á obriña —anónimo por acordo dos compañeiros—, do que fiquei ben ledado. Durante os meses de elaboración carteamonos con Álvarez Blázquez. Entusiasmábo o asunto de facermos falar a don Quixote e a Sancho Panza en galego enxebre. Confío en que o benquerido Lustres garde nalgunha carpeta as varias cartas, escritas a máquina con correccións a man, que nos remesou don Xosé María. Cartas atentas, garimosas e sabias. As que recordo, cheas de suxestións eruditas sobre pasaxes escuros da tradución cervantina, con consellos ortográficos e propostas léxicas.⁹

Camilo Valdeorras, que escribe tres décadas despois de aquela empresa literaria, es fiel a lo esencial pero comete alguna imprecisión en lo accidental. Yo guardo una carta de Miguel Lustres que precisa algún punto:

Santiago, 18-11-75

¿Qué hai, D. Xesús? Ante todo deséxolle sorte, folgos e... ¡Qué carallo! “Nunca choveu que non escampase” (Mariano Medina).¹⁰

Confirmando o que lle adiantei na derradeira vegada que nos vimos, estou a traballar de firme..., mellor dito, estamos a traballar... eu e un compañeiro que xa o foi o derradeiro ano en COU: chámase Xerardo Rodríguez Roca e que vostede pode coñecer por referencias, pois era alumno de Beltrán...¹¹

Como xa findamos o primeiro capiduo, coidamos que era bon mandarlle unha copia, pra que vostede o lea e nos dea a súa opinión sobor da perspectiva do traballo. Nós tratamos no posíbel de non deformar o pensamento de Cervantes, actualizar a puntuación e, na nosa medida, axeitalo á nosa lingua. Ben, pro vostede verá.

⁹“Os Mouchos” de Álvarez Blázquez, emblema da nación dos/as lectores/as en galego”, A Peneira, Pontearreas, 1^a quincena, xuño, 2008, p. 31.

¹⁰En esas fechas, yo había sido expedientado por las autoridades franquistas (no había otras) como catedrático. De hecho, ese día (18 de noviembre de 1975) yo ya estaba “desterado” en Montilla (Córdoba)

¹¹La profesora Carmen Beltrán, colega —y muy amiga— en el Instituto. La hemos mencionado a propósito de la “causa de Sancho Panza”.

En la posdata aclaraba:

Algunhas verbas da tradución como “zalema” i “herreruelo” coidamos deixalas (polo de agora). Se vostede pode facer unha suxerencia ó respecto, seríanos de gran utilidade.

Todo hace suponer que fue Miguel Lustres quien, en 1974-1975, alumno mío de COU, tuvo la idea de traducir los capítulos referidos a Sancho Panza y la Ínsula, capítulos privilegiados en mis clases. Ya asumida, conectó con un brillante compañero, Xerardo Rodríguez Roca, alumno de la profesora Carmen Beltrán, no ajena, como se ha dicho, a la causa de Sancho. Al siguiente curso, en Santiago, incorporan a la empresa a Camilo Valdeorras.

Yo poseo, dentro del sobre de la carta transcrita (parcialmente), los dos primeros capítulos (no uno, como indica Lustres), y, por lo que recuerdo, no sostuve con él correspondencia “filológica”. Eran tiempos políticos muy convulsos: mi “destierro”, la muerte de Franco (dos días después)... Supongo que fueron estas circunstancias las que me alejaron un poco del proyecto, y ahí está la clave, quizás, de que la traducción no se publicase en la colección “Arealonguiña”, que yo dirigía desde su creación (1974).

Conviene decir que, cuando Miguel Lustres empieza a traducir (solo o con Rodríguez Roca) esos capítulos cervantinos, solamente se había publicado en gallego media página del *Quijote*: una parte del discurso del Caballero sobre la Edad de oro (I, 11) con el título “O Sígallo d’Ouro” (A Nosa Terra, A Coruña, 5-1-1917). De esa versión, obra del escritor Antón Valcárcel (1887-1963), di noticia en Alcalá de Henares en el IV Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas.¹²

Si se me exigiese más precisión, diría que Miguel Lustres inició la traducción de esas páginas cervantinas cuando la Real Academia Gallega ed-

¹²“El *Quijote* en gallego”, noviembre, 1991. En artículos posteriores, volví sobre la cuestión A Coruña: Impr. Moret, 1975

itaba *Dous capítulos... de Don Quijote de la Mancha*, el 25 y el 26 de la Segunda Parte¹³. La Academia no realizó esta tarea literaria “motu proprio” sino instada por el Ayuntamiento de Consuegra cuyo Molino es un archivo de traducciones del *Quijote*. El responsable de la versión fue el académico numerario don Leandro Carré Alvarellos

Más sobre mi actividad cervantina en Lugo

Mi primer libro —un volumen de 98 páginas—, que se titula *La palabra en la realidad*, fue publicado por la editorial Celta, de Lugo, en 1963 en una colección que yo dirigía con el título “Aquí y ahora”. Este título, este “hic et nunc”, estaba muy en la onda de los escritores y publicaciones progresistas de la época, igual que el título de ese libro mío. En él, el primer capítulo se lo asigné a Cervantes, lo que prueba, sin duda, mi compromiso de entonces con su obra, especialmente con el *Quijote*. En ese primer capítulo, “Cervantes, experiencia eterna”, recojo cuatro textos no inéditos uno de los cuales se titula “Cervantes, ¿enemigo de don *Quijote*? El episodio de Andresillo”. La figura de Andresillo, el muchacho golpeado sin piedad por su amo, Juan Haldudo, aparece sólo en dos ocasiones (I, 4 y I, 31) pero es clave —creía yo y sigo creyendo— para entender la intención de Cervantes respecto de no pocas cuestiones muy importantes.

Hoy sé que se ha escrito mucho sobre la intervención de don *Quijote*, capaz de detener la mano violenta de Juan Haldudo pero tan confiado e ingenuo (tan bondadoso, en el fondo) que no percibió que sería capaz de golpear, de nuevo, al indefenso niño. En una de las pocas ocasiones en que el Caballero no se enfrenta a molinos o quimeras, don *Quijote* multiplica el mal, el dolor, que se propuso eliminar. En el grandioso universo de la novela de Cervantes, los dos episodios protagonizados por Andresillo invitan a muchas reflexiones, una de ellas la que yo proponía en 1962: “... la ingenuidad de don *Quijote*, ingenuidad que lo llevó a fiarse de Juan Hal-

¹³A Coruña: Impr. Moret, 1975

dudo. Ahí está la segunda paliza a Andrés para que sepamos, tal vez, que los ingenuos, los confiados, no deben intervenir en nada, porque toda intervención de ellos multiplica el mal que pretenden extirpar. Andresillo pudo haber argüido a don Quijote que, si las gentes fuesen como él suponía a Juan de Haldudo, el mundo, en realidad, no necesitaba la reforma radical que el caballero proponía y perseguía”.

Yo terminaba mi artículo, entre tantas dudas, con una especulación: “Cervantes murió poco después de finalizada la segunda parte de su novela. De no haber sido así, yo creo, y lo creo firmemente, que hubiera escrito la tercera y última parte pero protagonizada por Sancho Panza. Sancho, quijotizado hasta donde es lícito, el Sancho de un pie en el cielo y otro en el suelo, emprendería, con éxito, la reforma definitiva”. Mis artículos sobre el *Quijote de La palabra en la realidad* merecieron una reseña elogiosa de un cervantista muy erudito, el profesor Alberto Sánchez, publicada en *Anales Cervantinos*, el órgano oficial del cervantismo español. El profesor Sánchez, al referirse a mis cuatro ensayos cervantinos, los considera “de fina percepción crítica y creadora”, y, en cuanto al dedicado a Andresillo, opina que el autor “reflexiona con fuerte originalidad y decisión. Finaliza con esta consideración: “Son estas interpretaciones de alcance social, muy de acuerdo con las inquietudes de la literatura de hoy, a la que se refieren, en su mayoría, las restantes del presente libro”.¹⁴

Una grave laguna cervantina

Tal como hemos señalado, representé dos veces *El retablo de las maravillas* (en Palencia y Lugo), entremés al que privilegiaba en mis explicaciones. La breve pieza teatral no sólo me atraía por su invención y configuración artísticas sino por el hecho de que apuntaba a un problema político del tiempo de Cervantes, el que afectaba y discriminaba en la vida pública a los españoles descendientes de judíos. Lo mismo acontecía, en la España

¹⁴*Anales Cervantinos*, IX, 1961-1962, pp. 283-84.

de 1960, con los que se sentían descendientes del ideario republicano, derrotado en 1939. No nos era muy difícil a los profesores “no afectos a los principios del Movimiento” establecer un nexo de unión entre la España del XVI y la del XX, pues en una y otra había dos Españas: la oficial, “la buena”, y la de aquellos que no eran buenos españoles, que eran “de los otros”: “ex illis est”, se decía en el entremés en latín que todos entendían y temían.

Yo no conocía entonces un “aggiornamento” del entremés cervantino hecho por Rafael Dieste con el título “Nuevo retablo de las maravillas”, y no lo conocí porque nunca había tenido acceso a *Hora de España*, la revista republicana donde Dieste publicó su ingenioso “rifacimento” en enero de 1937. Tardé años en conocer esta versión que leí en 1977, año en que apareció, en cinco volúmenes, la edición facsímil de la extraordinaria revista hecha y publicada por los republicanos españoles en los años de la Guerra Civil (Topos de Vergara AG / Editorial Laia).

En el entremés de Dieste, uno de los personajes, Fantasio, declara que sólo podrán ver las figuras del retablo quienes “no estén tocados de marxismo, sindicalismo, anarquismo y demás plagas”. Declarado lo cual, este tramoyista añade: “Hay más marxistas de los que parece, y algunos, quizá los más peligrosos, lo son sin saberlo”. En la pieza cervantina, algunos espectadores, víctimas de aquella farsa, se percataban por primera vez de que eran descendientes de judíos conversos.

Aun en 1970, un profesor de Lugo no ajeno a la erudición cervantina y a la bibliografía izquierdista, desconocía esta “lectura” del magistral entremés de Cervantes, lo que le acontecía también a mi amigo y colega Epifanio Ramos de Castro (catedrático de Francés en el Instituto Femenino), quien publicó en 1971 un extenso artículo titulado “El Retablo de Cervantes y Prévert” (*Anales Cervantinos*, X, pp. 169-190). En este trabajo menciona todos los “retablos” anteriores a “Le tableau des merveilles” (1949) de Jacques Prévert (1900-1977), que no son pocos, todos ellos inspi-

rados, más o menos, en el de Cervantes: Quiñones de Benavente, Florián, Andersen... Ni Ramos de Castro ni yo teníamos noticia del “retablo” de Rafael Dieste. Yo mismo conocí el de Prévert por Epifanio Ramos, quien, en su documentadísimo artículo, al referirse a Jacques Prévert, no consigna su militancia política, la comunista, útil, sin duda, para entender bien el final de su “tableau” en el que es la gente del pueblo la que se rebela contra las autoridades. No ignoraba el profesor Ramos de Castro la condición de comunista de Prévert, pero, aun en 1971, era aconsejable omitirla en una revista española que sólo leían especialistas y algunos profesores de Literatura. “O tempora, o mores!”

En 1970, las posibilidades de que un profesor izquierdista y ávido de erudición estuviese, en una provincia gallega, a la altura de las circunstancias, eran muy escasas. Epifanio Ramos y yo somos una prueba elocuente. Yo, que ignoraba los “retablos” de Rafael Dieste (1937) y de Jacques Prévert (1949), me resarcí bastante después. En el año 2005 reflexioné tanto sobre estos dos “retablos” y el de Cervantes, que, escribí, en gallego, un “Retablo dos milagres” donde los protagonistas, falangistas y guerrilleros comunistas en los primeros años de la Posguerra, se enfrentan en la vieja tramoya que les impide decir la verdad.

CERVANTES EN VIGO DESDE 1976

El curso 1976-1977 fue mi primer curso, como docente, en Vigo, donde ejercí muy pocos años como catedrático de Instituto. Nombrado profesor de Literatura española del Colegio Universitario en 1977, fue aquí donde cervanteé, esta vez ante alumnos de tercer curso de Filología Hispánica. Los temas abordados en Lugo y recogidos en mi primer libro estuvieron muy presentes en mis explicaciones hasta 1989, año en que, por oposición, empecé a ejercer en la Universidad de Santiago como profesor de Literatura gallega.

En el Colegio Universitario de Vigo abordé, una y otra vez, una cuestión que obligaba “a hablar de política”, incluso de política del siglo XX: *El Quijote* y el problema de España, tema muy tratado por algunos escritores de la generación del 98, especialmente Unamuno. Eran otros los tiempos, y la libertad de cátedra, desde 1977, no prohibía estas “lecturas políticas”. Desde esa cátedra hice incursiones en un tema no omitido en las lecciones de Lugo: la relación de Cervantes y su obra con Galicia. De hecho, también publiqué, en abril de 1984, cuatro artículos sobre el tema en el *Faro de Vigo*, uno de los cuales apuntaba a una cuestión nunca tratada por mí: quién era el “don Quijote redivivo” de que habló, en 1905, Santiago de la Iglesia. Se publicó este “relato” en el volumen conmemorativo *El centenario del Quijote en Galicia*, editado por la Liga de Amigos de La Coruña. El protagonista del relato de Santiago de la Iglesia Santos (Santiago, 1851-Ferrol, 1931) es un quijote anarco-socialista que profesa esa religión del progreso tras enfrascarse en las lecturas de Marx, Proudhon, Tolstoi... Creo que es la primera vez que alguien crea un quijote impelido a la lucha por tales libros de caballerías. Reproduzcamos unos fragmentos de “Don Quijote redivivo”:

La figura del inmortal caballero manchego no es, como pudiera creerse, una creación fantástica del genio de Cervantes. D. Quijote ha vivido; yo le conocí, consoléle en sus cuitas y socorriale maltrecho, no por las estacas de los yangüeses, ni por las aspas de los molinos de Montiel, sino por otras infinitas pesadumbres.

Gallego y del riñón de Galicia era, no manchego.

Como el héroe cervantino, había tomado un nombre de guerra el día en que salió a buscar las aventuras. No embrazaba adarga, ni empuñaba lanza; no cabalgaba en flaco rocín, ni encerraba el calenturiento meollo en antiguo morrión con postiza media celada, pero su indumentaria no era menos bizarra que la del delirante Quijada.

Enfrascado en la lectura de libros de ideas avanzadas, empezó en los de Proudhon, siguió con los de Karl Marx y acabó por los de Kropotkin y Tolstoi, para comprar los cuales hubo de malvender su escasa hacienda, harto fácil de acabar.

[...]

En él, como en el hidalgo Quijada, la psicología era sublimemente altruista. Ambos consagraronse a rectificar el mal que existe y existirá siempre entre los hombres; ambos pretendían desfacer agravios y entuertos, acorrer

necesitados y amparar desvalidos; ambos fueron movidos por ideales igualmente generosos, elevados y nobilísimos. Quizá era más amplio el campo de acción de mi Quijote, que el cervantino, porque éste no pasó de desfacer entuertos en el centro de España y todo lo más llegó a Barcelona, mientras que aquél recorrió toda la Península y, a mayores, Francia, Italia y buena parte de la América latina; y no se limitó a libertar galeotes porque encontró en su camino innumerables desdichados que mal de su grado los llevaban a donde no querían ir, a quienes intentó libertar, promoviendo y excitando huelgas, motines, asonadas y manifestaciones sin cuento.

El hidalgo gallego veía a su Dulcinea, como Quijada viera a la moza manchega, al través de delirios y embellecida por una imaginación fantástica. No recuerdo ahora el nombre de la bella, sólo sé que era algo así como Libertad, Acracia o Amor Universal.

[...]

En todas estas innumerables contiendas mil veces fue encarcelado, herido, apaleado, molido y maltrecho: imposible parece que aquel desmedrado cuerpo resistir pudiese tales quebrantos. Para colmo de analogía, los mismos galeotes o desdichados por él redimidos, emprendieronla con él a pedradas un día en que, en pago a sus beneficios, les exigió que fuesen a “fincarse de hinojos” ante la Libertad y el Amor Universal, excelsa señora de sus pensamientos.

[...]

Un día de gloria hubo en su vida aventurera, un día feliz en que, así como las salvas estruendosas de las galeras parecieron saludar en Barcelona al espejo de la andante caballería, también las aclamaciones de las multitudes, concitadas en tremenda huelga general, ensordecieron el espacio con el nombre del Apóstol, del redentor de los modernos esclavos.

Pero tras aquel fugaz día de apoteosis pasajera y efímera vino otro en el que, no vencido por el Caballero de la Blanca Luna, sino triturado, destrozado por el engranaje social, exangüe y aniquilado, hubo de someterse a la ley del vencido y ser llevado, sino en jaula, en tren, a su tierra, y no a poder de sobrina y ama, cura y barbero, sino a la cama de un hospital, viendo desvanecerse en polvo y humo su leyenda de triunfos.

Aquí, en Galicia, fincó para siempre la historia de mi Quijote. Despertado de pronto a la razón, señal ciertísima de muerte, contestó a los amigos y adeptos que le animaban con el anuncio de futuras campañas y con el próximo desencanto de su Dulcinea:

—“Yo, señores, siento que me voy muriendo a toda prisa; dejen, pues, burlas aparte... y vámonos poco a poco... que ya en los nidos de antaño no hay pájaros ogaño”.

Falto de estímulos y resortes aquel corazón esforzado, entróle mortal congoja, y dulcemente, pasó de la vida á la muerte, sin dolor ni agonía

Sí: yo puedo decir que conocí a D. Quijote, que le socorrí en sus trances y que le vi expirar cuerdo: pero D. Quijote no muere; es eterno.

Mi Quijote era hombre de nuestros tiempos, empeñado en rectificar y modelar de nuevo las condiciones de una época y de una raza que terminó su misión, en resucitar la edad de oro, en desterrar del mundo la injusticia y el mal, la violencia y el fraude, en constituirse en paladín de la verdad y del bien en un país poblado de Gineses de Pasamonte.

Permitidme que calle el nombre de mi sublime e infortunado Quijote, no tanto por respetos a la ilustre familia de los Quijadas, cuanto por veneración a los huesos del hombre que sólo en el sepulcro alcanzó paz y reposo.

El 15 de abril de 1984 no sólo publiqué el artículo “¿Quién é o “don Quijote redivivo?”” sino que reproduje el texto completo del relato de Santiago de la Iglesia: “... porque témo-la esperanza de que a súa lectura leve a algún historiador ou erudito local a averigua-lo nome do ‘apóstol’ político biografiado nas súas páxinas. Cremos que son merecentes desa indagación”. Y añadía:

Este “cabaleiro” moderno, enardecido polos libros de Proudhon, Marx, Tolstoi e Kropotkin, non é (penso que non é), na pluma do seu biógrafo, un personaxe de ficción; penso que é un concreto personaxe histórico sobre o cal Santiago de la Iglesia ofrece datos para quen acometa a tarefa de percurar o seu nome e apelidos.

Se cadra estamos diante dunha biografía, dun discurso humano, que merece máis palabras (e outras) das que lle adica o seu elíptico biógrafo e estraño apoloxista de 1905.

Años después conocí varios trabajos de la profesora María Rosa Saurin de la Iglesia y llegué a la conclusión de que el don Quijote de este relato de 1905 era, en parte, Benigno de la Iglesia González (1836-1872).¹⁵ “El Quijote redivivo” no es el único trabajo cervantino de Santiago de la Iglesia, quien, en 1902, publicó el folleto *Juicio histórico-crítico de la Compañía de Jesús*, donde hace, siguiendo a Castelar, un parangón “entre el ser de carne y hueso que se llamó Ignacio de Loyola y el ser imaginario que llamamos don Quijote”¹⁶.

El 23 de agosto de 1989 fue homenajeado, en el Museo de Pontevedra, José María Castroviejo (1909-1983), escritor polifacético que, en 1947, año

¹⁵Especialmente *Antonio, Francisco y Benigno de la Iglesia. Una biografía intelectual*

¹⁶El Ferrol: Impr. de El Correo Gallego, 1902, pp. 15-17.

muy cervantino, publicó el drama *Don Quijote 1947*.¹⁷ En ese homenaje yo pronuncié una breve conferencia con el título de “Castroviejo e Cervantes (Sobre o seu don Quijote de 1947, drama)”. En la pieza teatral de Castroviejo (que resucita no sólo a don Quijote sino a Lutero y Napoleón) hay un alegato semiexplícito contra la España poco fiel a los principios puros de los idealistas que vencieron en 1939, pero, sobre todo, una diatriba contra las democracias europeas y el proceso de Nuremberg. En el “drama” está de cuerpo entero Castroviejo, aquel soldado de Franco carlista-falangista que, aun con la bandera de “la revolución pendiente”, manipula la fábula cervantina para denunciar la España de 1947, falta de espíritu y poblada de estraperlistas. Era una crítica, desde dentro del franquismo, a algunos aspectos de la España oficial.

El Quijote y sus protagonistas, especialmente el caballero manchego, suscitaron lecturas franquistas “pro domo sua”. El año 1947, IV centenario del nacimiento del autor, fue pródigo en ellas. Algunas se emitieron desde tribunas muy altas. Es el caso del discurso de José Ibáñez Martín, Ministro de Educación Nacional, en la clausura de los fastos cervantinos, donde fue capaz de afirmar: “Toda la ideología del *Quijote* —el mejor código de la convivencia humana— integra y forma una cantera inmortal, que es, dígame lo que se quiera, el espíritu permanente de España. Este tesoro, que se nos entregó como un legado de honor, fue el que defendimos con las armas de nuestra Cruzada y que ahora, en promisorias alertas, mantiene sin declives el gobierno de Franco”.¹⁸

Franco y Cervantes —afirmaba el falangista bizantino Ernesto Giménez Caballero— coincidieron en su “secreto mágico”. Lo afirma en su folleto de 1947 *Amor a Galicia, progenitora de Cervantes*. Por las mismas calendas, otro

¹⁷Vigo: M. Roel, 1947.

¹⁸“Símbolos hispánicos del *Quijote*” (discurso de clausura en la Real Academia Española de la primera reunión de la Asamblea Cervantina, 6-10-1947), *Revista Nacional de Educación*, 74 (1947), p. 22.

falangista, Francisco Serrano Castilla, proclamaba: “Franco es don Quijote”. Y en las mismas fechas, Víctor Ruiz Albéniz escribía: “Franco es el Cid Campeador, don Quijote y el alcalde de Zalamea”. Mientras en la España de Franco el *Quijote* se utilizaba “pro domo sua” (tal como señalaba en 1947 Rafael Dieste a José Bergamín), intelectuales hay, en la España del éxodo, que consideraban el gran libro de Cervantes “un libro exiliado”. Son palabras de Ramón J. Sender, también de 1947.

Todas estas interpretaciones —auténticas lecturas políticas interesadas del *Quijote*— estaban presentes en mis explicaciones cervantinas para los alumnos de tercer curso de Filología Hispánica. En ellas no omití el encabezamiento de una famosa carta de Ernesto “Ché” Guevara a sus padres en vísperas de su “quijotesca” aventura a Bolivia en la que le acaeció la muerte:

Queridos viejos: Otra vez siento bajo mis talones el costillar de Rocinante; vuelvo al camino con mi adarga al brazo.

Inspirado, probablemente, por estas palabras, el escritor gallego Xosé Neira Vilas llamó al “Ché”, en un conocido poema, “Quixote das Américas”.

2005: IV CENTENARIO DE LA EDICIÓN DE LA PRIMERA PARTE DEL QUIJOTE

Aunque desde 1989 ya no era profesor de Literatura Española, mis devociones cervantinas no menguaron, como no disminuyó mi lealtad a un libro que tanto me ayudó en mis clases de Palencia, Lugo y Vigo. Me refiero a *Cervantes, compañero eterno*, de Santiago Montero Díaz, libro que reedité en 2005.¹⁹ Era, en mí, un viejo proyecto, que pude realizar en esa fecha merced a la amistad y la cervantofilia de Manuel Ramos, el editor, y también a la buena disposición de la viuda y los hijos de don Santiago Montero. Me duele el hecho de que libro tan inteligente y sugestivo no haya suscitado reseñas dignas de tal nombre en estos cuatro años, lo que no concuerda con la

¹⁹Ourense: Linteo, 2005.

acogida dispensada a la primera edición (1957) por críticos muy importantes (Gonzalo Sobejano, Ramón de Garciasol...), sin excluir los especialistas en Cervantes (Alberto Sánchez). A ello me refiero por extenso en la “Introducción” de la segunda edición de *Cervantes, compañero eterno*.

En 2005 volví sobre el tema Cervantes y Galicia, esta vez para abordar un aspecto nuevo: lo que pensaron los intelectuales gallegos del *Quijote* en 1905, tanto los galleguistas como los no galleguistas. Publiqué un extenso artículo y pronuncié una conferencia en A Coruña. En la misma ciudad, pronuncié, meses después, la conferencia “Cervantes, Franco y don Quijote (y otras cuestiones cervantinas)”, conferencia en la que abordé temas político literarios ya tratados por mí en intervenciones públicas posteriores a 1975, año de la muerte de Franco.

En varios artículos y en una conferencia, diserté sobre las traducciones gallegas de textos cervantinos, en esta fecha con nuevos datos. Debería subrayar el artículo dedicado a la traducción inédita del *Quijote* realizada por el general Juan Beceiro Amado.²⁰

Así pues, en año tan cervantino como el 2005, tanto en la prensa diaria como en la tribuna me interesé por temas y cuestiones que ya estaban presentes en mi actividad literaria desde 1959. En esa línea está el trabajo publicado en la revista *Madrygal*, de la Universidad Complutense: “Los poetas gallegos ante Sancho Panza en 1905”.

DOS CONSIDERACIONES MÁS

Cuando finalizo estas Memorias (mayo, 2009) acabo de revisar viejas carpetas que contienen trabajos literarios de muy diversa índole que me fueron enviados por sus autores en distintas épocas. En una de ellas guardo dos capítulos del *Quijote* (I, 1 y II, 5) traducidos al gallego por Emilio Pardo Sobrino, traducción de diciembre de 1971, fecha en que me la envió

²⁰Mis noticias procedían de una carta de Carlos Beceiro Rodríguez (18-12-1991), pariente del traductor y amigo y colega mío.

por correo. Es, por tanto, anterior a la que hicieron los tres alumnos míos citados oportunamente.²¹

El lector de estas Memorias recordará que le dediqué una cierta atención a mi primer encuentro, como lector, con el *Quijote*, que fue el encuentro de un niño campesino en un hogar muy poco letrado. Estas dos circunstancias —familia humilde casi iletrada— se dieron también, años antes, en Ramón Suárez Picallo, quien, algún tiempo después, ya emigrante en Buenos Aires, sería un líder social no ajeno a las grandes inquietudes revolucionarias del momento. Porque Suárez Picallo “cabalgó sobre el costillar de Rocinante”, es por lo que, en ese mi primer capítulo, reproduje un hermoso artículo suyo en que cuenta su encuentro con la gran novela de Cervantes.

Cuando redactaba esas primeras páginas, no recordaba el primer encuentro de Santiago Álvarez con el *Quijote*. Como es bien sabido, Santiago Álvarez (1913-2002), comunista muy activo desde joven, nació en un humilde hogar campesino de las tierras de Valdeorras y sin libros. Sea el propio Álvarez quien nos cuente su paso por la escuela rural y su encuentro con el *Quijote*, obra a la que permaneció fiel en todos los momentos de su difícil y arriesgada vida:

En las sucesivas clases por las que pasé, siempre conservé el primer puesto.

Esto, por un lado, me agradaba y me producía cierto orgullo; pero, por otro, me creaba problemas de responsabilidad, puesto que el maestro me encargaba siempre atender y dirigir la clase o el grupo que correspondía a mi nivel. La verdad es que a él le resultaba imposible atender debidamente a los casi ciento veinte niños que asistíamos a la escuela; por ello hacía varias subdivisiones, según el grado de estudios, y ponía a su frente al más adelantado.

[...]

Yo tenía pasión por los libros. Desde mis primeros años mi obra preferida era *El Quijote*, que entonces se usaba en la escuela para escribir al dictado. Recuerdo que, muchas veces, después de hacer esa tarea, me quedaba con él y, a escondidas, me leía capítulos enteros. El maestro, no sé por qué, me lo retiraba. Todavía hoy puedo recitar de memoria algunas de sus páginas.

²¹ Conservo una tarjeta del traductor, residente en Lugo, con este texto. “Tradució do Quixote pra D. X. Alonso Montero / Nadal, 1971”.

Cuando cumplí diez años, mi prima Remedios me preguntó qué prefería de regalo familiar con ese motivo. Le respondí sin vacilar: *El Quijote*. Se quedó muy extrañada porque esperaba que le pidiera un balón, ya que entonces estaba de moda el fútbol en el pueblo y yo formaba parte de un equipo. Pero no, mi pasión no era el deporte, era la lectura. Mi prima fue al Barco, y me compró *El Quijote*. Cuando lo recibí me sentí feliz. Me lo leí de punta a cabo en pocas sentadas. En el curso de mi vida he releído ese libro, una joya, varias veces. La última estando ya preso en la prisión de Logroño.²²

Algún día recogeré los testimonios de no pocos lectores infantiles del *Quijote*, todos ellos de humilde condición. Aquí se habla de cuatro, tres de ellos no ajenos, ya adultos, a los impulsos justicieros de don Quijote, aquella especie de “Ché” Guevara del siglo XVI. No se olvide que Cervantes (con Balzac) era el novelista preferido de Carlos Marx, el Marx que leía a sus hijas pequeñas los *Nibelungos*, *Las mil y una noches* y el *Quijote*, novela en la que veía “la epopeya de la caballería agonizante, cuyas virtudes iban a convertirse, en el naciente mundo burgués, en un objeto de burla y de ridículo”.²³

recibido: enero 2009

aceptado: mayo 2009

²²*Memorias*: Edición de Castro, 1985, p. 200.

²³Marx, Carlos, y Engels, Federico, *Sobre arte y literatura*, Buenos Aires: Ediciones Revival, 1964, p. 220.